En China a partir de 1954, los dirigentes han comenzado a plantear en términos más reales el problema:

“Los chinos no son muchos, pero se acrecientan muy rápidamente”. Así, a partir de 1954 y en diez años se intentará reducir la tasa de natalidad a la mitad.

En un principio se recurrió básicamente a los anticonceptivos, después una ley de marzo de 1957, autorizó en ciertos casos la esterilización y el aborto.

“Este giro de la política china, señala la Sauvy, no solamente tiene un interés doctrinario. Si China logra alcanzar sus objetivos para reducir la natalidad, podrá servir, una vez más, puesto que ya lo es por su política de industrialización y de colectivización, de modelo, a los países «subdesarrollados» por su política demográfica. Así el comunismo vendría a resultar el vencedor de un mal social al que no se le daba importancia”.

La atmósfera es otra en Occidente: excepción hecha de Holanda, la sobrepoblación es desconocida; por el contrario, los países “evolucionados” padecen envejecimiento, en el sentido de que las personas de edad avanzada aumentan progresivamente. Francia, que en 1789, contaba con cuatro octogenarios por cada 1,000 habitantes, tiene en la actualidad 18. El factor fundamental lo constituye la disminución de los nacimientos.

Este envejecimiento acrecienta la carga que tolera la población activa. Entre 1957 y 1980, la población activa de Europa Occidental debe aumentar en un 2.5%, la población total de 5.5% y la población inactiva de 5.5%, lo que acrecentará problemas difíciles de repartición entre activos e inactivos.

Así concluye Sauvy: “La humanidad no tiene por qué escoger entre reducir el número de hombres y multiplicar las subsistencias”.

La humanidad está así encaminada a hacer una y otra cosa. Pero es necesario que tenga conciencia del doble riesgo que corre: sofocamiento por un exceso de gente joven y parálisis por exceso de viejos.

“El que la humanidad adquiera conciencia de los verdaderos peligros que la acechan, acabará por reconciliar a Marx y a Malthus, a esos dos hermanos enemigos”.

MIGUEL A. MARÍN G.

J. P. MAYER: *Trayectoria del Pensamiento Político*, con la colaboración de: R. H. S. Crossman, P. Kecskemeti, E. Kohn-Bramstedt, C. J. S. Sprigge. Introducción de R. H. Tawney. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1961.

EN EL PRESENTE libro se nos ofrece una visión panorámica del pensamiento político en Europa y Norteamérica, partiendo desde la idea griega del Estado y la estructura del racionalismo occidental, hasta las últimas proyecciones de Alemania, Italia, Estados Unidos y Rusia.

El libro fue escrito en momentos de crisis: 1939. Estudia la herencia que ha recibido Europa de todos los siglos anteriores al nuestro, y que, debido a la rápida integración que ha sufrido el mundo a partir del siglo pasado, se ha esparcido por todos los ámbitos del planeta. No podemos negar que en una gran parte, el pensamiento político que tuvo a Europa como cuna ha sido la base de donde han partido todas las corrientes que en la actualidad se esfuerzan por salir avantes. Muchas ya han quedado atrás en el desarrollo de los acontecimientos, se han tornado obsoletas, mientras que otras pugnan por in-

poner sus ideologías, arguyendo la actualidad de sus planteamientos y la factibilidad de los mismos.

Tawney en su introducción nos dice que "La ciencia política es más social que la mayor parte de las ciencias así llamadas". En lo que estamos de acuerdo con el autor citado, pues si nos sostenemos en la célebre frase de Aristóteles, no podremos encontrar otra ciencia que se le iguale. La actividad política, estudiada por la ciencia política, es la más humana de todas las actividades. Todos los temas de la ciencia política contienen fuerzas explosivas, pero rara vez se desencadenan. "El volcán está generalmente inactivo. Los hombres cultivan sus laderas y duermen a su sombra. Los períodos fecundos de especulación política son aquellos en que una erupción les destroza —a ellos y a sus sueños. En esos momentos se resuelven los viejos enigmas, no porque se quiera resolverlos, sino porque es necesario hacerlo. Los trabajos que recopilan sus respuestas tienen aún un cierto olor a humo." Y terribles han sido las explosiones de este volcán, sobre todo las dos últimas, en que el mundo se conmovió perdiendo a muchos de sus hijos.

El tema abordado por el señor Mayer y sus colaboradores es el pensamiento político, pero el pensamiento en acción, no como una cosa estática. Y es que las ideas políticas no permanecen inmóviles, sino que son dinámicas, lanzan a los hombres en medio del maremágnum en busca de una solución a los problemas que la misma dinámica social les va planteando día por día. Tawney escribe: "Así, pues, lo que ofrecen al lector no es una antología pulida y sin vida. Le presentan un organismo vivo, con sus flores y sus raíces, en el medio histórico del que ambas han sacado su sustento." Este medio, como ya se dijo al principio, es Europa.

El pensamiento político, a través de su larga trayectoria, se ha expresado en mil diferentes formas, y además, se encuentra impregnado de las modalidades propias de las naciones en que ha florecido. No podemos hablar, si del liberalismo se trata, como una concepción ampliamente generalizada y de forma indistinta en todos los pueblos en que se adoptó. Inglaterra tuvo su propia forma de liberalismo, así como Francia tuvo la suya. Por otra parte, los grandes pensadores, que en la actualidad han sido analizados en todo el orbe, en un principio sólo fueron locales. Este es un aspecto del pensamiento político que debemos tener muy presente. ¿Y por qué eran locales? Pues porque toda su especulación estaba destinada a la resolución de problemas íntimamente ligados con el ámbito que los rodeó. Las soluciones que apuntaron se encerraban en Inglaterra, Francia o Alemania, y salvo algunas excepciones, poco influían los pensadores de un país en los de otro. Y no podía ser de otra manera. Ellos actuaban dentro de un campo que actualmente puede ser considerado demasiado estrecho, como lo es una nación en particular. Sus elucubraciones abordaban problemas de índole universal, pero ellos las aplicaban a casos específicos, muy particulares. De ahí la diversidad de modalidades que encontramos en una misma corriente de pensamiento.

En la presente obra se han seguido dos métodos. De la antigüedad hasta el siglo xvii los hechos se han agrupado según los períodos históricos convencionales en que está dividida la historia de la humanidad. Desde el siglo xviii hasta nuestros días, se ha intentado determinar cuál ha sido la aportación que ha hecho cada nación europea para enriquecer el acervo del pensamiento político de Europa y del Occidente en general.

Por lo que respecta a la idea de un imperio mundial, que siempre ha permanecido en la mente de los europeos, y cuyas últimas manifestaciones las tenemos en la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, podemos arrancarla desde Alejandro el Magno, ya que fue él el primero que fundió en una estructura política unificada al Imperio Persa y a los Estados-Ciudades griegos. Este espíritu expansionista de Alejandro revivió de nueva cuenta en el Imperio de los Césares, y ha perdurado desde entonces. Napoleón Bonaparte fue uno de los ejemplos más palpables.

En la Edad Media encontramos a todo el pensamiento político fuertemente unido a la Iglesia Católica. La misma idea de unidad en torno a una sola cabeza se expresó en los más preclaros pensadores de la corriente escolástica. Mas ahora existían dos fuerzas que durante toda la Edad Media lucharían por obtener la primacía: una representada por la espada y la otra por la cruz. No cabe duda de que el poder universal de la Iglesia es innegable a lo largo de todo el Medievo.

Pero otro fenómeno viene a terminar con esta universalidad del catolicismo, y es el surgimiento de las nacionalidades. El individuo comienza a liberarse a sí mismo, y en la Reforma y el Renacimiento lo logra casi completamente. "Maquiavelo proclamó su doctrina de la «razón de Estado», que releva al «príncipe» de las obligaciones de la moral cristiana y proclama que sólo la fuerza guía la acción política..." y en esta forma, los nuevos Estados nacionales dejan de seguir los dictados de la Santa Sede en cuanto se refiere a su manera de manejar los negocios públicos.

El absolutismo aparece como una reacción hacia las sobrevivientes formas feudales y consolida el poder de las dinastías nacionales. La burguesía se alió

a los príncipes para combatir estas formas ya anticuadas, pero pronto, con el poder recién adquirido, sintió como un cautiverio la autarquía del Estado. Buscó una solución a su conflicto y la encontró en 1789.

Desde 1830 la política de los países europeos volvió al principio del "equilibrio de poder" que ya se había vislumbrado desde que se firmó el Tratado de Utrecht entre España y Francia en 1713, en el cual ambas naciones se comprometieron a no depender de una sola casa real, pues esto representaba un serio peligro para las demás naciones de Europa. Con esto se trató de evitar la guerra y conservar una paz que desde los tiempos de Roma se había estado buscando inútilmente. Sin embargo, los nuevos intereses de Estado crearon otras alianzas que rompieron el "equilibrio", el cual tuvo que ser restaurado por la fuerza de las armas. Pero esta restauración no pudo evitar que estallase la primera Guerra Mundial.

"Posteriormente, un mundo cansado de la guerra creyó que con la creación de la Sociedad de las Naciones había ya dado un paso decisivo hacia la pacificación del mundo. La idea que yacía en la base misma de la institución de la Sociedad de las Naciones era una concepción mundial. Era una ideología de un tipo democrático-universal y religioso originado en la posición fundamentalmente cristiano-puritana del presidente Wilson." ¿Pero qué sucedió? Que la nueva institución se tuvo que enfrentar con la realidad y fracasó rotundamente. Los mismos Estados Unidos no siguieron a su presidente y se negaron a pertenecer a la Sociedad.

Es necesario volver a recordar que el libro fue escrito en momentos de fuerte crisis mundial, y cuando se refiere a la elaboración del pensamiento en Alemania e Italia, hace una serie de planteamien-

tos que poco después vimos que resultaron exactos. Precisamente ésta es una de las razones que deben empujar a los individuos a estudiar la historia política de nuestro mundo. Prever los acontecimientos futuros mediante el análisis del pensamiento político es una misión primordial de los historiadores de esta rama del conocimiento universal.

En estos momentos atraviesa el mundo por otra crisis cuyas consecuencias es necesario prever. Se debaten en el campo de las ideas y de la acción dos concepciones diferentes del mundo y de la estructuración social, económica y política; se ha dado un nuevo enfoque a la solución de los problemas sociales, y la ya antigua división del mundo se ha tornado más y más radical. Por esto es interesante la lectura del presente libro, ya que puede ser provechosa para los que se interesen en la problemática que el pensamiento político ha ido planteando a través del tiempo.

Ha sido un afán eterno del hombre el encontrar una solución pacífica a todas las situaciones que el desarrollo de la sociedad en que vive le presenta. Desde la antigua idea imperial hasta la ideología socialista, que tiende a una solución

comunista y materialista de los problemas, se estudian en esta obra. Desde luego, Europa ha sido una fuente muy amplia en experiencia, y nosotros debemos tomar esa experiencia y, al elaborar y poner en práctica nuestras propias concepciones, aprovechando todo lo bueno que ha tenido, abstenernos de cometer los mismos errores que tanto mal han causado al planeta. El fin de toda política aplicada debe ser la consecución del mayor bienestar para los pueblos, y conforme a este principio de ética profesional de la actividad política, la búsqueda de nuevos métodos y aplicaciones no está por demás, pues no obstante tantos siglos de especulación, aún no se ha dicho la última palabra. De la agudeza para analizar los problemas actuales, y del conocimiento que se tenga de ese elemento tan maleable que es el ser humano, puede desprenderse una nueva concepción política que dé satisfacción amplia a las necesidades materiales y espirituales de los hombres, y que no se avoque la resolución de un solo aspecto del problema dejando insatisfecho el otro.

HÉCTOR MENDOZA Y CAAMAÑO